

LIBROS

Teatro para títeres, de Blanco Amor

Los títeres son hoy —al menos en España— más una teoría que una experiencia. Y no porque falten entre nosotros gentes entregadas seriamente a su cultivo, sino por ser arte que anda semiclandestino y marginal, sin alzar su tabladillo en medio de la vida ciudadana. De ahí la paradoja de que siendo un lenguaje teóricamente popular, nos conduzca en la práctica a textos tan sabia y culturalmente ingenuos como los de García Lorca; la "Burlilla de don Berrendo", de Morales; los de Arconada, el que concibió Alberti para Podrecca o estos de Blanco Amor. Títeres hay en la tradición que gozaron del favor popular, entre los que se cuentan los de la Tía Norica, estudiados por Carlos Aladro y evocados por Federico. Pero, en la realidad teatral española de nuestros días, el títere se nos ha dividido entre la historia burda y la aventura imposible de los grandes textos. Sin práctica no hay teatro. Y la marioneta, por lo que tiene de personaje teatral, no podía escapar a la norma. ¿Por dónde andarían las formas de nuestro teatro de títeres si a partir de la aproximación de Valle-Inclán en "Los cuernos de don Friolera" se hubiera desarrollado una práctica cuidadosa y de resonancia mayoritaria?

Pienso, por ejemplo, en los grandes espectáculos de marionetas que pudimos ver en el Festival Internacional celebrado en el teatro Madrid, en los que el diseño del títere, el ritmo de sus movimientos, el color y la música eran factores expresivos de primer orden. Y me pregunto si todo el teatro que nuestros grandes escritores han ofrecido al guión no estará atravesando por una concepción literaria na-



Eduardo Blanco-Amor.

cida antes del sueño de una comunicación popular que de su verificación ante los públicos y en las manos y voces de los títeres. En última instancia, de ese teatro de títeres, más desarrollado en los libros que en las plazas, habría surgido un género literario singular, definido, sobre todo, por la libertad. Libertad para acudir al arquetipo; libertad para no andarse por las ramas y quedarse con los momentos expeditivos de la acción; libertad para pasar de lo cotidiano a lo surreal; libertad para cambiar de humor, para saltar de la gravedad a la risa, de la amargura al optimismo, dentro de una óptica infantil elaborada en algo semejante a la falsa inocencia socrática.

En el volumen de Blanco Amor, titulado "Farsas y autos para títeres" (Colección Teatral de Cuadernos para el Diálogo), es fácil confirmar cuanto digo. El hecho de que el excelente escritor gallego haya dado el nombre de farsas a tres de sus piezas ("Romance de Micomicón y Adhelala", "Amor y crímenes de Juan el Pantera" y "Muerte fingida y veraz muerte de Estoraque el Indiano") y reservado el de auto para las otras tres ("La verdad vestida", "El refajo de Celestina" y "Angélica en el umbral del cielo"), muestra hasta qué punto busca en la tradición del teatro "regular" las pautas de su obra. Y hace bien. Porque si las tres primeras son obras hechas con trazos de cuento infantil, en dos de las segundas Blanco Amor debate una serie de conceptos metafísicos y políticos

a los que cuadra, por la entidad abstracta y simbólica de los personajes, el nombre de Autos. Aunque sus tesis, como es lógico, sean bien distintas a las que sostuvo Calderón. Acaso "El refajo de la Celestina", recreación audaz de la obra de Rojas, en la que Melibeia y Calixto son transformados —profundizando quizá en algunos rasgos de los modelos originales— en prostituta discreta y chulo galán, sea la que escapa a la idea de farsa o de auto para alzarse ante nosotros como un hermoso y renovado brote de la picaresca.

Inicialmente estaba prevista la inclusión en el volumen de "Proceso en Jacobusland", que, ya compuesta y por razones de censura, hubo que dejar fuera. En el prólogo —a falta del texto de la obra— se nos dice que los veinticinco años que separan las farsas y autos, escritos en América, del "Proceso en Jacobusland", determinaron profundas diferencias. Esta última sería "una farsa esperpéntica de carácter político que debe inscribirse, con importantes salvedades y matizaciones, dentro de un tipo de teatro configurado por los condicionamientos político-ideológico-administrativos de nuestra Historia reciente". Consideración que explicaría la ausencia del texto.

En definitiva, tanto en el campo de la literatura peninsular, como, más específicamente, en el de la moderna literatura galaica, la obra de Blanco Amor merece la mayor atención. Aunque sea difícil saber, hoy por hoy, hasta dónde es una propuesta teatral o una acabada obra literaria. ■ JOSE MONLEON.

La Medicina desde perspectivas no-tradicionales

A los que nos hemos educado en un sistema en el que las diferencias eran constantes, que iba de lo axiomáticamente bueno a lo malo, en que estaba dictatorialmente decidido lo cierto y lo falso, o en el que la división escolar estaba dirigida a la competición y al dominio entre cartagineses y romanos, nos parecía

obvia, y hasta considerábamos necesaria, la dicotomía de ciencias y letras no como dos orientaciones o especializaciones, sino como dos campos totalmente separados —el químico no tenía por qué saber quién era Larra, a no ser que hubiera un jugador de fútbol con el mismo nombre, y el ingeniero agrónomo podía justificar con su titulación el poner faltas de ortografía, del mismo modo que el abogado el no saber multiplicar con decimales. De este modo resultaba que cada parcela del saber académico (que era el único saber posible) era algo cerrado y sin injerencias de otras disciplinas, y, por supuesto, competencia exclusiva de los titulados correspondientes. Por lo tanto, el médico sabía de Medicina y para de contar. A lo máximo, si gozaba del don de la genialidad, podía descollar en otra disciplina y ser un magnífico literato o historiador, como Marañón. Pero no se conocía quienes relacionaran la matemática con la lingüística, la filosofía con la física o la psicología con la química.

Agradadamente, a pesar de todos los corsés y taras académicas con que ha contactado el progreso científico español, la tendencia antes mencionada ya se va superando, y podemos encontrar libros como el de Yuste Grijalba (1), que no sólo es un elemento útil y necesario para todos aquellos relacionados con la Medicina, sino también para sociólogos, antropólogos y psicólogos, y, por supuesto, para aquellos cuya preocupación y ocupación les colocan en el plano de la aplicación de los conocimientos en el desarrollo de una política concreta.

Con una tónica de rigor científico y constante apoyo en las ciencias sociales, el autor desarrolla sus opiniones en una serie de interesantes artículos sobre: el concepto de la Medicina social, el proceso social de la respuesta a la enfermedad, el urbanismo y la salud pública, las bases para una política sanitaria, consideraciones acerca de la Medicina preventiva, estado actual del pensamiento sobre sociogénesis de la enfermedad mental, y una lectura del análisis marxista del psicoanálisis. Todo ello dentro de un inaudable compromiso ideológico que

1) Yuste Grijalba, "Ensayos sobre Medicina preventiva y social", Akal Editor, Madrid, 1976, 138 páginas.